

VICENTE ALEIXANDRE

**A ti viva**

*Es tocar el cielo, poner el dedo  
sobre un cuerpo humano.*

*Novalis*

Cuando contemplo tu cuerpo extendido  
como un río que nunca acaba de pasar,  
como un claro espejo donde cantan las aves,  
donde es un gozo sentir el día cómo amanece.

cuando miro a tus ojos, profunda muerte o vida  
que me llama,  
canción de un fondo que sólo sospecho;  
cuando veo tu forma, tu frente serena,  
piedra luciente en que mis besos destellan,  
como esas rocas que reflejan un sol que nunca se hunde.

Cuando acerco mis labios a esa música incierta,  
a ese rumor de los siempre juvenil,  
del ardor de la tierra que canta entre lo verde,  
cuerpo que húmedo siempre resbalaría  
como un amor feliz que escapa y vuelve...

Siento el mundo rodar bajo mis pies,  
rodar ligero con siempre capacidad de estrella,  
con esa alegre generosidad del lucero  
que ni siquiera pide un mar en que doblarse.

Todo es sorpresa. El mundo destellando  
siente que un mar de pronto está desnudo, trémulo,  
que es ese pecho enfebrecido y ávido  
que sólo pide el brillo de la luz.

La creación riela. La dicha sosegada  
transcurre como un placer que nunca llega al colmo,  
como esa rápida ascensión del amor  
donde el viento se ciñe a las frentes más ciegas.

Mirar tu cuerpo sin más luz que la tuya,  
que esa cercana música que concierta a las aves,  
a las aguas, al bosque, a ese ligado latido  
de este mundo absoluto que siento ahora en los labios.



## Adolescencia

Vinieras y te fueras dulcemente,  
de otro camino  
a otro camino. Verte,  
y ya otra vez no verte.  
Pasar por un puente a otro puente.  
-El pie breve,  
la luz vencida alegre-.

Muchacho que sería yo mirando  
aguas abajo la corriente,  
y en el espejo tu pasaje  
fluir, desvanecerse.



## Al cielo

El puro azul ennoblece  
mi corazón. Sólo tú, ámbito altísimo  
inaccesible a mis labios, das paz y calma plenas  
al agitado corazón con que estos años vivo.  
Reciente la historia de mi juventud, alegre todavía  
y dolorosa ya, mi sangre se agita, recorre su cárcel  
y, roja de oscura hermosura, asalta el muro  
débil del pecho, pidiendo tu vista,  
cielo feliz que en la mañana rutilas,  
que asciendes entero y majestuoso presides  
mi frente clara, donde mis ojos te besan.  
Luego declinas, ¡oh sereno, oh puro don de la altura!,  
cielo intocable que siempre me pides, sin cansancio, mis besos,  
como de cada mortal, virginal, solícitas.  
Sólo por ti mi frente pervive al sucio embate de la sangre.  
Interiormente combatido de la presencia dolorida y feroz,  
recuerdo impío de tanto amor y de tanta belleza,  
una larga espada tendida como sangre recorre  
mis venas, y sólo tú, cielo agreste, intocado,  
das calma a este acero sin tregua que me yergue en el mundo.  
Baja, baja dulce para mí y da paz a mi vida.  
Hazte blando a mi frente como una mano tangible  
y oiga yo como un trueno que sea dulce una voz  
que, azul, sin celajes, clame largamente en mi cabellera.  
Hundido en ti, besado del azul poderoso y materno,  
mis labios sumidos en tu celeste luz apurada  
sientan tu roce meridiano, y mis ojos  
ebrios de tu estelar pensamiento te amen,  
mientras así peinado suavemente por el soplo de los astros,  
mis oídos escuchan al único amor que no muere.

## **Canción a una muchacha muerta**

Dime, dime el secreto de tu corazón virgen,  
dime el secreto de tu cuerpo bajo tierra,  
quiero saber por qué ahora eres un agua,  
esas orillas frescas donde unos pies desnudos  
se bañan con espuma.

Dime por qué sobre tu pelo suelto,  
sobre tu dulce hierba acariciada,  
cae, resbala, acaricia, se va  
un sol ardiente o reposado que te toca  
como un viento que lleva sólo un pájaro o mano.

Dime por qué tu corazón como una selva diminuta  
espera bajo tierra los imposibles pájaros,  
esa canción total que por encima de los ojos  
hacen los sueños cuando pasan sin ruido.

Oh tú, canción que a un cuerpo muerto o vivo,  
que a un ser hermoso que bajo el suelo duerme,  
cantas color de piedra, color de beso o labio,  
cantas como si el nácar durmiera o respirara.

Esa cintura, ese débil volumen de un pecho triste,  
ese rizo voluble que ignora el viento,  
esos ojos por donde sólo boga el silencio,  
esos dientes que son de marfil resguardado,  
ese aire que no mueve unas hojas no verdes.

¡Oh tú, cielo riente que pasas como nube;  
oh pájaro feliz que sobre un hombro ríes;  
fuente que, chorro fresco, te enredas con la luna;  
césped blando que pisan unos pies adorados!



## Ciudad del paraíso

*A mi ciudad de Málaga*

Siempre te ven mis ojos, ciudad de mis días marinos.  
Colgada del imponente monte, apenas detenida  
en tu vertical caída a las ondas azules,  
pareces reinar bajo el cielo, sobre las aguas,  
intermedia en los aires, como si una mano dichosa  
te hubiera retenido, un momento de gloria,  
antes de hundirte para siempre en las olas amantes.

Pero tú duras, nunca descienes, y el mar suspira  
o brama por ti, ciudad de mis días alegres,  
ciudad madre y blanquísima donde viví, y recuerdo,  
angélica ciudad que, más alta que el mar, presides sus espumas.  
Calles apenas, leves, musicales. Jardines  
donde flores tropicales elevan sus juveniles palmas gruesas.  
Palmas de luz que sobre las cabezas, aladas,  
merecen el brillo de la brisa y suspenden  
por un instante labios celestiales que cruzan  
con destino a las islas remotísimas, mágicas,  
que allá en el azul índigo, libertadas, navegan.  
Allí también viví, allí, ciudad graciosa, ciudad honda.  
Allí donde los jóvenes resbalan sobre la piedra amable,  
y donde las rutilantes paredes besan siempre  
a quienes siempre cruzan, hervidores de brillos.  
Allí fui conducido por una mano materna.  
Acaso de una reja florida una guitarra triste  
cantaba la súbita canción suspendida del tiempo;  
quieta la noche, más quieto el amante,  
bajo la lucha eterna que instantánea transcurre.  
Un soplo de eternidad pudo destruirte,  
ciudad prodigiosa, momento que en la mente de un dios emergiste.  
Los hombres por un sueño vivieron, no vivieron,  
eternamente fúlgidos como un soplo divino.  
Jardines, flores. Mar alentado como un brazo que anhela  
a la ciudad voladora entre monte y abismo,  
blanca en los aires, con calidad de pájaro suspenso  
que nunca arriba. ¡Oh ciudad no en la tierra!  
Por aquella mano materna fui llevado ligero  
por tus calles ingravidas. Pie desnudo en el día.  
Pie desnudo en la noche. Luna grande. Sol puro.  
Allí el cielo eras tú, ciudad que en él morabas.  
Ciudad que en él volabas con tus alas abiertas.

*De "Sombra del paraíso" 1939*

## Como la mar, los besos

No importan los emblemas  
ni las vanas palabras que son un soplo sólo.  
Importa el eco de lo que oí y escucho.  
Tu voz, que muerta vive, como yo que al pasar  
aquí aún te hablo.

Eras más consistente,  
más duradera, no porque te besase,  
ni porque en ti asiera firme a la existencia.  
Sino porque como la mar  
después que arena invade temerosa se ahonda.  
En verdes o en espumas la mar, se aleja.  
Como ella fue y volvió tú nunca vuelves.

Quizá porque, rodada  
sobre playa sin fin, no pude hallarte.  
La huella de tu espuma,  
cuando el agua se va, queda en los bordes.

Sólo bordes encuentro. Sólo el filo de voz que  
en mí quedara.  
Como un alga tus besos.  
Mágicos en la luz, pues muertos tornan.



## Criaturas en la aurora

Vosotros conocisteis la generosa luz de la inocencia.  
Entre las flores silvestres recogisteis cada mañana  
el último, el pálido eco de la postrer estrella.  
Bebisteis ese cristalino fulgor,  
que con una mano purísima  
dice adiós a los hombres detrás de la fantástica  
presencia montañosa.  
Bajo el azul naciente,  
entre las luces nuevas, entre los puros céfiros primeros,  
que vencían a fuerza de candor a la noche,  
amanecisteis cada día, porque cada día la túnica casi  
húmeda  
se desgarraba virginalmente para amaros,  
desnuda, pura, inviolada.  
Aparecisteis entre la suavidad de las laderas,  
donde la hierba apacible ha recibido eternamente el  
beso instantáneo de la luna.  
Ojo dulce, mirada repentina para un mundo estremecido  
que se siente inefable más allá de su misma apariencia.  
La música de los ríos, la quietud de las alas,  
esas plumas que todavía con el recuerdo del día se  
plegaron para el amor como para el sueño,  
entonaban su quietísimo éxtasis  
bajo el mágico soplo de la luz,  
luna ferviente que aparecida en el cielo  
parece ignorar su efímero destino transparente.  
La melancólica inclinación de los montes  
no significaba el arrepentimiento terreno  
ante la inevitable mutación de las horas:  
era más bien la tersura, la mórbida superficie del mundo  
que ofrecía su curva como un seno hechizado.  
Allí vivisteis. Allí cada día presenciasteis la tierra,  
la luz, el calor, el sondear lentísimo  
de los rayos celestes que adivinaban las formas,  
que palpaban tiernamente las laderas, los valles,  
los ríos con su ya casi brillante espada solar,  
acero vívido que guarda aún, sin lágrimas, la amarillez  
tan íntima,  
la plateada faz de la luna retenida en sus ondas.  
Allí nacían cada mañana los pájaros,  
sorprendentes, novísimos, vividores, celestes.  
Las lenguas de la inocencia  
no decían palabras:  
entre las ramas de los altos álamos blancos  
sonaban casi también vegetales, como el soplo en las  
frondas.

¡Pájaros de la dicha inicial, que se abrían  
estrenando sus alas, sin perder la gota virginal del rocío!

Las flores salpicadas, las apenas brillantes florecillas del  
soto,  
eran blandas, sin grito, a vuestras plantas desnudas.  
Yo os vi, os presentí, cuando el perfume invisible  
besaba vuestros pies, insensibles al beso.  
¡No crueles: dichosos! En las cabezas desnudas  
brillaban acaso las hojas iluminadas del alba.  
Vuestra frente se hería, ella misma, contra los rayos  
dorados, recientes, de la vida,  
del sol, del amor, del silencio bellísimo.  
No había lluvia, pero unos dulces brazos  
parecían presidir a los aires,  
y vuestros cabellos sentían su hechicera presencia,  
mientras decíais palabras a las que el sol naciente daba  
magia de plumas.  
No, no es ahora, cuando la noche va cayendo,  
también con la misma dulzura pero con un levísimo  
vapor de ceniza,  
cuando yo correré tras vuestras sombras amadas.  
Lejos están las inmachitas horas matinales,  
imagen feliz de la aurora impaciente,  
tierno nacimiento de la dicha en los labios,  
en los seres vivísimos que yo amé en vuestras márgenes.  
El placer no tomaba el temeroso nombre de placer,  
ni el turbio espesor de los bosques hendidos,  
sino la embriagadora nitidez de las cañadas abiertas  
donde la luz se desliza con sencillez de pájaro.  
Por eso os amo, inocentes, amorosos seres mortales  
de un mundo virginal que diariamente se repetía  
cuando la vida sonaba en las gargantas felices  
de las aves, los ríos, los aires y los hombres.